

Cuaderno de notas

1. Ramírez era un aventurero y un jugador profesional y vio la oportunidad de ganar la apuesta máxima cuando tropezó con las hermanas Belladonna. Fue un ménage à trois que escandalizó al pueblo y ocupó su atención durante meses. Siempre lo veían con una de las dos mellizas en el restaurante del hotel y nadie podía estar seguro de que las hermanas estuvieran satisfechas con ese trato. Nunca iba con las dos al mismo tiempo, eso lo reservaba para la intimidad, y quizá lo que más alarmaba a la gente era pensar que las dos hermanas dormían juntas. No tanto que compartieran al hombre sino que se compartieran a sí mismas. Nadie hablaba de otra cosa en el club social, ni en el almacén de los Madariaga, y las versiones y las conjeturas circulaban como si fueran los datos del tiempo. En ese pueblo, como en todos los pueblos de la provincia de Buenos Aires, la diferencia entre las noticias locales y las informaciones nacionales de la TV era tan abismal que los pobladores podían tener la ilusión de vivir una vida interesante.

2. Su amigo Bobby Stomponato tuvo una de las primeras Harley-Davidson que entraron en la Argentina y gracias a esa moto consiguió

Llorar juntos

Lloramos juntos, anoche. Lo busqué tarde para llevarlo a dormir a casa. Ahora vivo solo, en un piso nueve, en Avellaneda. Hacía frío. Tomamos el 24 y nos acomodamos en un asiento individual, apretándonos contra su bolso, la mochila del colegio, mi propia mochila y unas bolsitas de supermercado con algunas cosas necesarias para nuestra cena: alfajores de chocolate, coca, salchichas, palitos de la selva, papas fritas, pan. El viaje fue corto, fue cruzar el puente nomás y ya estábamos en las Torres. Apenas llegamos él prendió la máquina y le cargó un cd de juegos y volvió a protestar porque no hay tele ni heladera. Yo puse agua al fuego, abrí el paquete de salchichas y me quejé por haberme olvidado de lo más importante: la mayonesa, la mostaza. Al Ponchi le molesta mucho no poder

ver sus programas favoritos. A mí me irrita comer salchichas sin aderezos. Traté de convencerlo de bajar a comprar pero me contestó mal, en forma contundente. Algo así me dijo: ni en pedo.

Comimos en silencio, con Miranda sonando bajito, de fondo. Después lavé los platos, junté las migas y los pedazos sobrantes de pan que habían quedado distribuidos por todos lados y preparé café para mí y té con leche para él. Comimos los alfajores sentados en el balcón, mirando los edificios, el cielo. A él se le volcó un poco de té sobre las zapatillas. A mí el café me pareció liviano. Los caramelos estaban bien.

Dejamos algunas luces prendidas cuando nos fuimos a dormir. A él le da miedo dormir completamente a oscuras, y más aún en un lugar nuevo, casi desconocido. Hace apenas diez días

Encuentros

La primera vez que el fantasma de Nikolái Vasilievich Gógol se le apareció a Francis Scott Fitzgerald fue en la suite que ocupaban Fitzgerald y su mujer en la Riviera Francesa.

El escepticismo de Fitzgerald ante la aparición no estaba dado por el carácter de espíritu o fantasma del venido, habida cuenta de que la llegada había sucedido a través de un muro y su estancia se desarrollaba frente a un espejo que no respondía a la imagen extravagante del muerto. Fitzgerald se topó con la dificultad del desconocimiento del idioma en el que Gógol intentaba comunicarse (desconocía el ruso) pero sobre todo desconocía al ruso. Tuvo entonces, este último, que explicarle quién era, y, antes de manifestarle el propósito de su visita, le concedió una temporada para que Fitzgerald se interiorizara de su obra.

Varios meses después se le aparecía Gógol nuevamente al norteamericano, ya de vuelta en su país. El dueño de casa le ofreció un cigarro cubano y un escocés que el ruso rechazó con argumentos difíciles de entender

levantarse a una loca divina. Salió con la chica a dar vueltas por la plaza de los alemanes y enseguida tuvieron un accidente. Ella se quebró una pierna y él salió ileso porque siempre decía que para manejar una moto lo fundamental era saber caer. Tenía esa teoría. Los atletas, decía, deben primero aprender a caer. Se lo preguntó antes de subir y ella le dijo que sabía caer pero la moto rozó uno de los canteros de la plaza y se arrastró como cincuenta metros sobre la pierna de la muchacha. Por casualidad no quedó inválida, le enyesaron la pierna desde la cadera hasta la punta de los dedos. Un trabajo de artistas, creo que encontraron a un escultor, a Sandro Bianchi, a uno de esos, decía ella, que hizo un trabajo perfecto, y mostraba el yeso que terminaba en una especie de aleta. Tenía la forma estilizada de la cola de una sirena y ella se apoyaba ahí. Era increíble, tan loca como Bobby Stomponato, la chica, la enloquecía bailar. Me acuerdo de una noche de verano en Mar del Plata, en Gambirinus. Qué te ha pasado, estás bien, le preguntaban. Ella decía que se había aplastado la pierna andando a caballo. Su risa se oía en todo el salón. Se levantaba una y otra vez para bailar. Clavaba en el suelo la pierna blanca y nítida, con esa forma de cola pescado, y el resto del cuerpo giraba alrededor del yeso, como si fuera el capitán Ahab.

Ricardo Piglia

que vivo ahí. Antes de dormirse el Ponchi se puso a llorar y me dijo que a veces le daba furia y por eso pegaba y que otras veces le daban ganas de llorar. A mí me entristeció mucho verlo así y lo abracé. Enseguida empezamos a llorar juntos. Lloramos por los fracasos, por los triunfos, por lo nuevo, por lo viejo, por lo que va a venir, por todo. Después nos secamos las lágrimas -él a mí, yo a él-, y volvimos a poner el mp3 de Miranda.

Nos despertó el sol, a las siete de la mañana. El día estaba lindo. Nos vestimos y salimos para la escuela sin desayunar. Lo llevé en la bici. Por el camino estuvimos hablando de lo sano que es llorar cuando uno está triste. O llorar cuando uno está contento. El agua que sale de los ojos te lava la cara, te limpia.

Ariel Bermani

tanto para Fitzgerald como para el norteamericano medio que desconoce el idioma ruso.

A pesar de la barrera que representaba la lengua, el exámine logró hacerle saber a su colega que lo había elegido para escribir una novela póstuma que fue pergeñando durante los últimos años de su vida y los primeros de su muerte, que consideraba sería la obra cumbre de la literatura mundial. Gógol habló apasionadamente, sin tregua durante horas. Cuando el anfitrión consiguió interrumpirlo le sugirió que consideraran lo avanzada de la noche y continuaran discutiendo el proyecto en otra oportunidad.

Así fue como por tercera vez el ánima de Gógol regresó para ver a Fitzgerald, en su mansión de Hollywood. Un mayordomo atildado le informó que el Señor se encontraba almorzando, y que luego se retiraría a descansar por un par de horas, por lo que sugería regresar en otro momento. Gógol se marchó por donde había llegado, dicen que con visibles signos de ofuscación, y no volvió a aparecer.

Roberto Garriz

Año II - Septiembre 2007 - Número 13

Muestra gratis

www.odradek.com.ar

domiciliodesconocido@odradek.com.ar

¿Será posible entonces que siga rodando por las escaleras y arrastrando pedazos de hilo ante los pies de mis hijos y de los hijos de mis hijos? Evidentemente, no hace mal a nadie; pero la suposición de que pueda sobrevivirme me resulta casi dolorosa.

Franz Kafka

El espíritu de los nietos

En el bar Jetto, de Anchorena y Córdoba, leía una vez más “Preocupaciones de un padre de familia”, donde Kafka describe a Odradek, porque mi voz también parecía no tener pulmones.

Se me acercó un hombre, bajo y de traje oscuro, con una cara macilenta y una mirada que exhibía firmeza. Sin mediar palabra, me extendió una tarjeta donde alcancé a leer que su profesión era *médium* y su apellido de origen español.

Con la resignación adquirida en tantos años de frecuentar la locura de esta ciudad, me dispuse a escuchar la voz del *médium*, que tampoco parecía tener pulmones. Fue breve.

Mi abuelo, a quien se lo conocía por el nombre como si su apellido fuera algo fuera de lugar, había sido evocado por un espíritu Ubieto, Urbietta, algo así, que se presentó como hijo de mi abuelo (es decir, como mi tío) y, para sorpresa de los presentes, negó que yo fuera nieto de su padre.

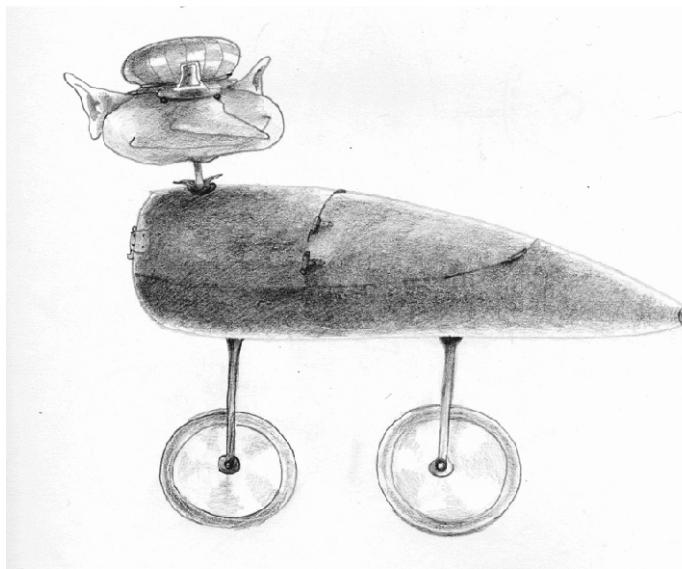
¿De dónde me conocían? Mi abuelo, que murió como si se esfumara, en los últimos años habló una lengua propia, sólo entendida por una de mis tías, la menor de sus hijas. ¿Qué entendieron estos que lo frecuentaron después?.

El *médium* me invitó, me desafió, a una sesión donde el espíritu acusador Urbietta sería convocado para aclarar las cosas y, de paso, presentar a varios que fueron llevados como testigos en tanto verdaderos nietos de mi abuelo.

Estaba seguro de que había una confusión, de que no se trataba de mi tío, de que no se había referido a mi abuelo. Los espiritistas son melancólicos, viven en un mundo demasiado poblado de espectros, pueden confundirse con facilidad.

Nos despedimos y volvimos a

encontrarnos la noche del experimento, donde había otros dos que parecían de la familia de Blas Mariño, el médium, que empezó su trabajo con la extraña voz sin pulmones. Al fin, Urbietta respondió con una sola palabra: Impostor.



“Bicicleta” - Nota Martínez

tapó la boca mientras el otro me pegó con los dedos en la cabeza, como hacían los maestros en mi infancia.

Se oyó en la oscuridad lo que parecía la voz de un señorito español, que adjudicó a mi abuelo extrañas relaciones con las obras más dispares, esas que los críticos llaman de vanguardia. Luego afirmó que la mujer de voz misionera y los otros eran los verdaderos nietos, pero que había más. Calló, como dejando lugar a sus hermanitos.

Habló uno que trató de probar que mi abuelo había descubierto no sé qué ciencia de la vida, otro le adjudicó una filosofía que parecía superar las más sofisticadas elucubraciones francesas.

Ya no se cuántos eran, pero estaba seguro de que habían montado esa burla por alguna razón que ignoro.

Al fin me dejaron hablar. Dije: Ustedes, sean quienes sean, no me harán vacilar sobre quién soy yo, tampoco sobre quién era mi abuelo.

En la oscuridad ruidos de mesas y sillas, vasos y jarrones que ruedan por el suelo. Una voz incisiva preguntó: ¿Quién dirigió Papeles de Buenos Aires?, ¿qué polaco publicó en esa revista?

Me descubrieron, respondí con una convicción simulada. Quería irme. Estaba seguro de que era mejor seguir con la lectura de Kafka. Aunque no pensaba olvidar el espíritu de los nietos, entre los que seguiré aunque sea abuelo. Porque, como bien sabe el padre de familia, hay algo misterioso en el suceder de las generaciones, por más que uno quiera ser un pensador poco, o si prefieren, un impensador mucho.

Al salir vi un muchacho que había levantado acta de lo dicho, me dijo que se llamaba Daniel Attala.

Germán García

